

Leyendo *El malestar en la cultura* (1929 [1930]).

Presentación del Seminario de lectura “Desayunos freudianos” (3 de marzo, 2015) en la librería-café *Intempestivos* de Segovia.

* Abajo los *handouts* de cada sesión.

1. Sobre el contexto.

Con *El malestar en la cultura* nos situamos nada menos que en el fatídico año del *crack* de la bolsa de Wall Street, con todas las resonancias que este acontecimiento tiene ahora para nosotros. Freud envía el manuscrito al impresor más o menos una semana después del 29 de Octubre, el “Martes negro”, el día en que cayó en picado la bolsa de NY (Peter Gay, p. 606). Estamos, entonces, en ese momento bisagra entre “los felices años 20” y lo que la gente pronto iba a llamar “la Gran Depresión”, crisis económica, institucional y anímica que duraría toda la década de 1930 hasta el estallido de la Segunda Guerra Mundial.

A finales de los años 20, en la República de Weimar el partido nacional-socialista de Adolf Hitler, que defiende la conquista militar de ‘espacio vital’ para el pueblo alemán y una Europa regida por la superioridad y la fuerza de la raza aria, ya había logrado sumar unos 300.000 afiliados de la alta burguesía capitalista y de las clases medias. En 1930, cuando Freud publica *El malestar en la cultura*, el partido nazi ya obtiene en las urnas el voto de seis millones y medio de electores, pasando de golpe de 12 a 107 diputados. El espectacular ascenso del partido nazi conducirá a que, en 1933, se apruebe “La Ley de los Poderes Absolutos”. Esta ley dio a Hitler el derecho a gobernar por decreto y a encarcelar en campos de concentración, vía la Gestapo (la creada policía secreta del Estado), a los dirigentes de la oposición y a los periodistas con opiniones contrarias al gobierno. El plan nazi era construir un Estado administrativo sobre la base social de la familia, sobre la base económica de la industria armamentística y sobre la base política del exterminio de los infrahombres; en concreto: judíos, marxistas, comunistas, homosexuales, gitanos y enfermos mentales.

2. Sobre el con-texto.

Este contexto histórico en el que Freud escribió y publicó *El malestar en la cultura* ya nos ayuda algo a la hora de querer hacer una primera panorámica de este texto a partir de otros textos de Freud, próximos o lejanos en el tiempo, dado que, en este ensayo, Freud produce una especie de síntesis de su obra a la par que lleva su pensamiento un paso más allá.

La publicación de *El malestar en la cultura* en el medio del período de entreguerras y cuando se veía venir tanto el incremento del antisemitismo como las persecuciones masivas a “los enemigos”, nos remite a “Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte”, artículo

que gira alrededor del “placer de matar” que “todos llevamos en la masa de la sangre” y que Freud publica en 1915, esto es, en plena Primera Guerra Mundial. Y también nos remite a “El porqué de la guerra”, un escrito breve cuyo origen es una respuesta epistolar a esta pregunta que le fue dirigida por el físico Albert Einstein.

Otros textos a los que el propio Freud se refiere son: *El porvenir de una ilusión* (1927), una crítica radical a la infantilizante educación religiosa, con el que arranca *El malestar en la cultura* respondiendo a una objeción de su amigo francés Romain Rolland (Premio Nobel de literatura y pacifista militante) y cuyos argumentos anti-religiosos extiende en el segundo capítulo de este texto; *Totem y Tabú* (1912) sobre los orígenes parricidas de la cultura (Freud introduce la verdad mítica de que la cultura nace con el asesinato del padre todo-poderoso primordial), y *Más allá del principio del placer* (1920), donde Freud, a partir del artículo de Sabina Spielrein “La destrucción como causa del nacimiento” (1911), explica “los fenómenos vitales” no por medio de la pulsión erótica sino por medio de la imbricación entre la pulsión erótica y la pulsión de muerte (p. 3050). Freud menciona también “Psicología de las masas y análisis del ‘yo’” (1921), estudio en el que introduce “el temible peligro” que para la cultura es el estado de “miseria psicológica de las masas” (p. 3049) y, para el tema de la obra de arte como fuente de goce y placer y “como consuelo para las congojas de la vida” (p. 3028), nos remite a “Los dos principios del suceder psíquico” (1911) y a la lección XXIII de *Lecciones Introductorias al psicoanálisis* (1915-1917).

A todos estas referencias explícitas en *El malestar en la cultura* habría que añadir, como parte del con-texto, “La moral sexual ‘cultural’ y la nerviosidad moderna”, un artículo que Freud escribió por encargo de la feminista Helene Stöcker para la revista femenina *Sexual probleme* y que se publicó en 1908. Aquí Freud se ocupa de establecer esa conexión causa-efecto entre la moral sexual puritana, que deja “expuestas a ciertos daños la salud y la energía vital individuales”¹, y el incremento de las neurosis, conexión que reaparece en los capítulos III y VIII de *El malestar en la cultura*. Y también su artículo “El problema económico del masoquismo”, artículo necesario para entender algo del complicado capítulo VIII. En este artículo de 1924, Freud distingue entre el masoquista perverso (ese para quien “la excitación provocada por el dolor” es un “condicionante de la excitación sexual”) y el masoquista moral, que sería aquel que, sometiéndose por completo al *sojuzgamiento cultural* de la agresión y de la violencia, no pone la pulsión de muerte al servicio de la pulsión erótica (= no exterioriza su violencia para defenderse de la violencia de los otros y poder así sobrevivir), sino que, por el contrario, dirige su violencia contra sí mismo y ofrece “la mejilla a toda posibilidad de recibir un golpe”. Para Freud el masoquista moral es ‘el verdadero masoquista’ (p. 2756).

1 Freud, “La moral sexual ‘cultural’ y la nerviosidad moderna” (1908), tomo IV, 1249-1261, p. 1249.

3. Sobre el texto: la forma del contenido.

Podemos considerar *El malestar en la cultura* como el principal ensayo de Freud en lo que se refiere al psicoanálisis no ya como práctica clínica sino como teoría crítica de la cultura. Freud parte de un diagnóstico: la cultura, como “suma de las producciones e instituciones que distancian nuestra vida de la de nuestros antecesores animales” y que sirven para protegernos “contra la Naturaleza” y para “regular” las relaciones sociales (p. 3033), es la fuente principal de nuestro malestar. A partir de este diagnóstico, y cuidándose de no caer “en el prejuicio general que equipara la cultura a la perfección” (p. 3037), explora los motivos de dicho malestar y localiza en “el sentimiento de culpabilidad” una encrucijada particular entre la economía libidinal de los sujetos y el momento histórico en el que se hallaba la cultura occidental entre los años 20 y 30 del siglo pasado.

Suele subrayarse que Freud, que escribió este texto con 73 años, se muestra “diletante” y “sombrió” (Peter Gay, p. 605). Es cierto que varias veces confiesa Freud las lagunas de sus conocimientos, los defectos de este texto: su aridez, sus rodeos que podían haber sido evitados, sus “torturantes vacilaciones e inciertos tanteos” (p. 3060). Incluso repite varias veces su incómoda sensación de no estar aportando realmente nada nuevo. “Ninguna de mis obras – escribe, por ejemplo, al principio del apartado VI – me ha producido, tan intensamente como ésta, la impresión de estar describiendo cosas por todos conocidas, de malgastar papel y tinta, de ocupar a tipógrafos e impresores para exponer hechos que en realidad son evidentes” (p. 3049). También es cierto que, en ocasiones, se muestra pesimista. Por ejemplo, cuando al principio del capítulo III señala que esa “porción de indomable naturaleza”, que configura la constitución psíquica de los seres humanos, es la causa principal del fracaso de las instituciones culturales, instituciones creadas en principio para prevenir el sufrimiento colectivo (p. 3031).

No obstante, también podemos constatar que en este texto Freud se muestra confiado en las posibilidades futuras del progreso cultural (p. 3034). Al final del capítulo V, por ejemplo, afirma: “cabe esperar que poco a poco logremos imponer a nuestra cultura modificaciones que satisfagan mejor nuestras necesidades” (p. 3048). En el capítulo VIII también señala que él espera que, como “la lucha entre el individuo y la sociedad” responde a un conflicto libidinal entre el yo y los objetos, la posible resolución de este conflicto económico en los individuos, “también alcanzará en el futuro a la cultura” (pp. 3064-3065).

Por otro lado, el supuesto estado de ánimo sombrío de Freud se contradice con el modo en que escribe este texto. De hecho, él mismo reconoce que comenzó a escribirlo con la idea de pasar “el tiempo agradablemente” (Peter Gay, p. 605). No parece que el estado de Freud fuera

sombrío cuando a lo largo del ensayo se va por las ramas tan contento, se despreocupa de mantener su característica claridad expositiva, asocia una idea con otra libremente, se deja llevar sin más por el hilo de su pensamiento, sin parecer sentirse en ningún momento obligado a justificar sus afirmaciones. A esto hay que añadir el tono de distancia irónica que se desprende de este texto. De hecho, a finales de julio del 29, Freud le escribe a Lou Andreas-Salomé desde su lugar de descanso veraniego: “Hoy escribí la última frase que completa el trabajo hasta donde me es posible hacerlo aquí, sin biblioteca. Trata sobre la cultura, el sentimiento de culpa, la felicidad y otras glorificaciones similares” (en Peter Gay, p. 605).

Por medio de este tono ligero (ausente de gravedad), que caracteriza su humor irónico, es como si Freud nos dijera: lo que estoy contando es durísimo, incluso terrible –alcanzar la felicidad es literalmente imposible; “hay algo inherente a la propia esencia de la función sexual que nos priva de satisfacción completa” (pp. 3042-3043); las relaciones eróticas conllevan inevitablemente componentes de violencia y hostilidad (p. 3043); los ideales culturales basados en el amor universal y en la igualdad entre los hombres no son sino meras idealizaciones de la condición humana que, encima, tienen como nefasta consecuencia “la más extrema intolerancia” (p. 3048); el sentimiento de culpabilidad, que es generado por la cultura, es la causa esencial de nuestro malestar– pero bueno, chicos, tampoco es para tanto ¡que ya somos mayorcitos!

Realmente hay que reconocer que todo esto que nos cuenta Freud como si tal cosa es *peccata minuta* comparado con “el punto abisal, fundamentalmente problemático”², que aparece al final de su texto. A saber: a juicio de Freud “el destino de la especie humana será decidido por la circunstancia de si –y hasta qué punto– el desarrollo cultural logrará hacer frente” a dos “perturbaciones de la vida colectiva”. Por un lado, está la destrucción de la obra colectiva que es la cultura, perturbación que emana de la *pulsión de muerte*, es decir, de “la tendencia constitucional de los hombres a agredirse mutuamente” (p. 3065). Pero, por otro lado, está la peligrosísima autodestrucción de la cultura. Esta perturbación emana del *super-yo* cultural, esa “instancia” (originariamente paterna) alojada en el interior de los individuos (p. 3053) que, vigilante y severa, “impide utilizar al sujeto en la vida una gran parte de sus componentes instintivos destructores” (“El problema económico del masoquismo”, p. 2758).

La ferocidad del *super-yo* con respecto a la posibilidad de exteriorizar la violencia debilita y desarma a los individuos (p. 3053) porque los coloca “en situación desventajosa frente a todos aquellos” que violan los mandamientos que rigen dicho *super-yo*, hecho muy a tener en cuenta en “un estado de la cultura” caracterizado por el auge del nazismo (p. 3066).

2 Lacan, Seminario 7, pp. 257-258.

Hand out de la primera sesión [1930]. 3 de marzo, 2015.

Presentación:

- Sobre el contexto: entre “Los Felices Años 20” y “La Gran Depresión”.
- Sobre el con-texto: desde *El porvenir de una ilusión* (1927) hasta *El problema económico del masoquismo* (1924).
- Sobre el texto: la forma del contenido.

Estructura del texto freudiano:

- I. Respuesta a la objeción de Romain Rolland a *El porvenir de una ilusión* (1927) en relación con la fuente y el origen de la religiosidad.
- II. Ampliación de la crítica a la religión como una ilusión delirante comenzada en *El porvenir de una ilusión* vía “un estudio” de los caminos hacia la felicidad.
- III. Causas de las dificultades para ser feliz y causas de “la actitud de hostilidad contra la cultura”.
- IV. El amor y la cultura.
- V. La tendencia agresiva y la cultura.
- VI. El “contenido esencial” de la cultura es la eterna lucha entre la pulsión erótica y la pulsión de muerte.
- VII. El problema cultural del sentimiento de culpabilidad.
- VIII. El *super-yo* cultural y la pulsión de muerte.

Handout de la segunda sesión. 7 de abril, 2015.

I. Respuesta a la objeción de Romain Rolland a *El porvenir de una ilusión* (1927) en relación con la fuente y el origen de la religiosidad.

- sentimiento oceánico *versus* nostalgia por el padre idealizado de la infancia
- el pasado en el psiquismo: analogía con Roma y Londres.
- principio del placer *versus* principio de realidad.

II. Ampliación de la crítica a la religión como una ilusión delirante comenzada en *El porvenir de una ilusión* vía “un estudio” de los caminos hacia la felicidad.

- las doctrinas religiosas
- la aspiración a la felicidad
- valoración de los diferentes métodos para alcanzar la felicidad
- límites a la felicidad vía el amor sexual

III. Causas de las dificultades para ser feliz y causas de “la actitud de hostilidad contra la cultura”.

- fuentes del sufrimiento humano

- orígenes históricos de la hostilidad contra la cultura
- la frustración cultural
- sobre el espíritu libertario

Handout de la tercera sesión. Capítulos IV, V y VI. 5 de mayo, 2015.

I. El amor y la cultura.

- fundamento conflictivo de la cultura: el amor heterosexual y el amor maternal *versus* el tabú del incesto como “la primera ley” de la cultura.
- la mujer, como representante de las exigencias de la vida heterosexual, por un lado, funda la cultura (funda el vínculo amoroso-social con el Otro) y, por otro lado, es hostil a la cultura (obstaculiza los vínculos homosexuales entre los hombres en los que se apoyan las exigencias de la cultura patriarcal).
- la vida sexual, en tanto que fuente de felicidad, se ve amenazada por las restricciones culturales: 1. prohibiciones injustas que recaen sobre la homosexualidad y la satisfacción sexual extra-genital (considerada perversa); 2. el matrimonio y la monogamia; 3. el puritanismo religioso que reduce la heterosexualidad a la reproducción: no se admite la sexualidad “como fuente de placer en sí”.

II. La tendencia agresiva y la cultura.

- la verdad que se oculta tras los ideales religiosos del amor universal al prójimo y de ideales políticos igualitaristas es la tendencia agresiva del ser humano, el hecho de que el ser humano es, primordialmente, “una bestia salvaje”.
- la esencia de la cultura exige, sí o sí, la renuncia a la satisfacción de nuestras tendencias agresivas y no sólo de nuestras tendencias sexuales.

III. El “contenido esencial” de la cultura es la eterna lucha entre la pulsión erótica y la pulsión de muerte: una introducción básica al concepto de “pulsión de muerte”.

- la pulsión de muerte no tiene que ver con la muerte sino con ciertas “vivencias humanas”.
- la pulsión de muerte no es algo “malo”.
- el problema: la supervivencia del individuo *versus* la supervivencia de la cultura.

Handout de la cuarta sesión. Capítulos VII y VIII. 2 de junio, 2015.

I. El problema cultural del sentimiento de culpabilidad.

- el “*super-yo*” es la instancia psíquica de la conciencia moral cultural que hace recaer las tendencias agresivas del individuo sobre su “yo”. El “yo”, subordinado al *super-yo*, experimenta un “*sentimiento de culpabilidad*” que “se manifiesta bajo la forma de

necesidad de castigo". El super-yo es sádico ("tortura") ya que "se comporta tanto más severa y desconfiadamente cuanto más virtuoso es el hombre" ("toda nueva renuncia a la satisfacción aumenta" la severidad e intolerancia del *super-yo*) y hace que el individuo se sienta *culpable* no cuando ha hecho "algo que se considera 'malo'" (aquí se sienten remordimientos) sino cuando reconoce en sí "la intención" de hacer el mal o también cuando reconoce que desea: para el super-yo cultural/religioso desear es algo "malo".

- "la cultura está ligada indisolublemente con una exaltación del sentimiento de culpabilidad, que quizá llegue a alcanzar un grado difícilmente soportable para el individuo".

II. El *super-yo* cultural versus la pulsión de muerte.

El malestar en la cultura es la expresión del sentimiento de culpabilidad engendrado por la cultura que pretende luchar contra "la tendencia constitucional de los hombres a agredirse mutuamente". De ahí ese imperativo del *super-yo* cultural: "amarás al prójimo como a ti mismo". Este imperativo no sólo "es irrealizable" sino que además es *cruel* porque impide al sujeto utilizar parte de sus tendencias destructoras para defenderse del prójimo (que es malvado) y además alimenta el sentimiento de culpabilidad, la necesidad de castigo inconsciente, lo cual conduce a la autodestrucción.

III. Jacques Lacan, *La ética del psicoanálisis* (1959-1960).

"Aquello de lo que se trata en *El malestar en la cultura* es de repensar un poco seriamente el problema del mal (...) el problema del mal que yo deseo y que desea mi prójimo" (p. 226)

En nuestra cultura todo el mundo evita abordar el problema del mal - nadie sabe cómo "enfrentar el hecho de que el goce de mi prójimo, su goce nocivo, su goce maligno, es lo que se propone como el verdadero problema para mi amor" (p. 227) – y, por tanto, también todo el mundo evita abordar el problema de "saber qué significa en un encuentro la respuesta del amor" (p. 226).

"No es llamativo que en estas condiciones todo el mundo esté enfermo, que haya malestar en la cultura" (p. 226).